

400840
MADE IN SPAIN



LA

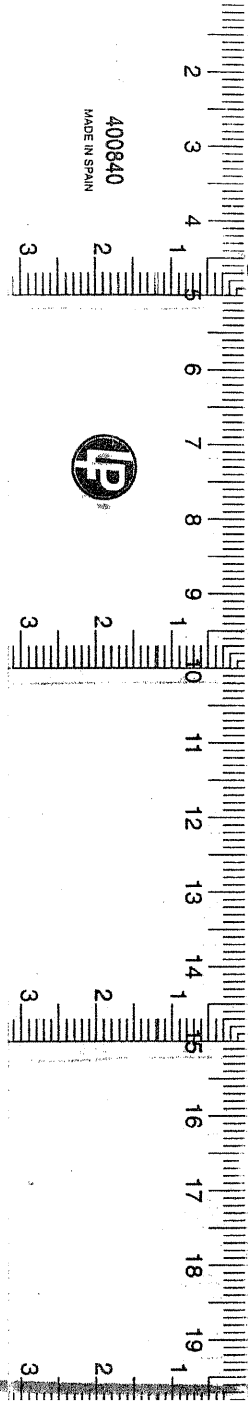
MUJER ESPAÑOLA

EN LA HISTORIA.

Discurso leído
en la solemne sesión celebrada el 16 de Octubre de 1892
en el teatro de Isabel la Católica
para la inauguración de los Estudios de la Real Sociedad Económica
por el curso de 1892 á 93.



GRANADA
Tip. HOSPITAL DE SANTA ANA, DE
1894



LA
MUJER ESPAÑOLA
EN LA HISTORIA.

Discurso leído
en la solemne sesión celebrada el 16 de Octubre de 1892.
en el teatro de Isabel la Católica
para la inauguración de los Estudios de la Real Sociedad Económica
por el curso de 1892 á 93.

GRANADA

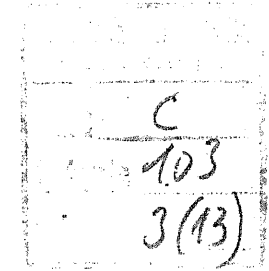
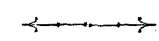
Tip. HOSPITAL DE SANTA ANA, 12

1894

LA
MUJER ESPAÑOLA

EN LA HISTORIA.

Discurso leído
en la solemne sesión celebrada el 16 de Octubre de 1892
en el Teatro de Isabel la Católica
para la inauguración de los Estudios de la Real Sociedad Económica
por el curso de 1892 á 93.



GRANADA
Tip. HOSPITAL DE STA. ANA, 12.
1894

A la santa memoria de mi Madre,

FERNANDO.

LA MUJER ESPAÑOLA

EN LA HISTORIA.

EXCMO. SR.

SEÑORAS, SEÑORES:

Con razón la Real Sociedad Económica granatense ha querido celebrar este año, con pompa inusitada, la solemne apertura de los estudios que para enseñanza de la mujer tiene establecidos, cuando España, henchida de gozo, conmemora aquellas dos gloriosísimas empresas, que bien pudiéramos llamar hazaña de mujer valentísima é inolvidable; porque de ellas fué alma y aliento la mujer singular que llena nuestra historia de su limpia y magnífica grandeza. Nunca se vió más claro que en aquella edad feliz, cuánto pueda en el orden de la Providencia de Dios, esta compañera que plugo á su voluntad asociar al hombre, para que con él caminara las asperas de la vida, como auxiliar en todo seme-

jante á él, que santamente le completase. Nunca más de bulto que según la mujer así los pueblos; que al fin éstos no son sino conjunto de hogares, y el hogar no es más de lo que la mujer quiere que sea. Bien es, pues, que asociemos esta nuestra fiesta académica (que es la fiesta de la mujer granadina) á la otra nacional que hoy regocija á España entera y al mundo, donde la bendita memoria de una santa mujer tiene tan grande parte. Antojos de la fortuna ciega, al fin por femenil voluntariosa, que logró cegar también á mis caros amigos y profesores, poniéndoles delante de los ojos la venda del afecto, me han traído á este sitio. Algo malo había de tener que decir de la mujer, hoy que, echándome á discurrir por nuestra historia, intento ofrecer á la vista, en cuanto yo alcance, el hermoso cuadro de lo que fué de siglos por ley de raza la mujer española. Seguro que no habría asunto más para cautivar la atención, porque es tal de atractivo, que con caer en malas manos, por ser las mías, tengo para mí que todavía se ha de mostrar en todo su encanto.

Con el cual, á la verdad, que no igualó la fortuna, porque sólo como de pasada trataron nuestros escritores, lo que ya merecía pluma que en ello largamente se ejercitase. Algo hicieron, pero con muy ceñido intento, el gran Luis Vives, y el famosísimo Matamoros, y el diligente Juan Pedro de Moya, y el sesudo

aragonés Juan de Costa; sin mentar aquí, porque los cuidados del gobierno, y el tráfigo de los negocios le atajaron á la mitad del camino, al Condestable D. Álvaro de Luna. De las mujeres insignes del siglo XVI, rico en esto como en todo, algunas que fueron lumbré de santidad, merecieron que varones ilustres, en páginas de oro las perpetuaran. Así la celebrada de doña Sancha Carrillo, en cuya alabanza se empleó Fray Luís de Granada. No se olvidó tampoco aquel zahorí de D. Nicolás Antonio de apuntar en su *Bibliotheca* los nombres de algunas españolas que en letras y artes florecieron; pero á quien más se le alcanzó lo que importa la mujer en la historia, fué al nunca bien ponderado autor de la *España sagrada*, al maestro Fray Enrique Flórez, que en sus *Memorias de las Reinas Católicas*, trazó la senda por donde han de caminar los que por estos campos no hollados de la historia patria hubieran de aventurarse. Harto hizo el Padre Flórez con mostrar el camino, y por ello merece toda alabanza. No ha aparecido aún el historiador que recogiendo la pluma del eruditísimo agustiniano, escriba lo que fué y significó la mujer en la vida de España. Y con todo ello abundante es la mies, que sólo espera buen segador que la agaville y la lleve á las trojes, donde tan apretados haces de ricas hazañas se custodian. No lo haré yo, que sobre no tener vagar para tanto, no puedo ponerme

con Orlando á prueba, y así me contentaré con espigar del suelo algo de lo mucho que se pudiera cojer, porque sirva de ejemplo.

Pintan las antiguas historias á la mujer ibérica compañera fiel del hombre; celadora de la honestidad; en los rigores y trabajos dura y esforzada; más engreída de sus virtudes que de sus joyas; temerosa de los dioses, y en el amor de la patria heroica hasta la muerte. Con la entereza fiera de la espartana, ganábala en corazón, que leyes enemigas de naturaleza no empdernían. Los amores firmes y limpios: menos en el artificio y halago de palabras risueñas que en la verdad de los procederés. Esta era la mujer entre aquellas gentes que arredraron á Cartago y temió Roma. No hubo ocasión de aquel guerrear constante de siglos donde á par del hombre no batallase. Prenda de paz entre celtíberos y romanos fué una nobilísima princesa de cuya hermosura libró á Escipión la política, con que lo que no pudo el temor lo alcanzó el agradecimiento. Un empeño amoroso, al decir de Plinio, deparó á Numancia grande gloria y á Roma gran ignominia. Según el autor romano, como dos mancebos numantinos se hubiesen prendado de la gentileza y gallardía de una hermosa doncella, encendidos en celos, quisieron remitir á la espada lo que sólo por el tribunal de la voluntad puede sentenciarse. Me-

dió discreta la requerida. Afeóles que cruzasen entre sí los aceros habiendo pechos enemigos. Puso por precio de la mano, cuyo deseo así los cegaba, la diestra de uno de los sitiadores. Los dos rivales, con la codicia del premio, se arrojan á la obra. Amparados de la noche llegan al campo. Halláronle levantado y desierto. Vuélvense á la ciudad, que se alborota con la nueva inesperada, y viendo la venganza pronta se lanzan fuera de muros los cercados hambrientos del alcance; dan sobre los romanos, los estrechan, los rindén, y allí se firman las capitulaciones más afrentosas que suscribió Roma. Y cuando Astapa, Sagunto y Numancia acertaron á defenderse y sucumbir, como en expresión de Momsen sólo saben hacerlo nuestras ciudades, las mujeres avivaron aquel sagrado fuego español que siglos adelante inflamó á Gerona y Zaragoza.

Quien así moría por el libre hogar no era mucho que supiese morir en las santas batallas de la Cruz, donde cayendo vencido se vence. Díganlo Leocadia en Toledo, Librada en Sigüenza, Eulalia en Mérida, Justa y Rufina en Sevilla, y Paula y Vitoria, valerosas compañeras de Ciriaco y Acisclo: pasmo de Málaga y Córdoba; y Engracia con la legión innumerable cuyas santas reliquias en masa ingente, que asombra, venera la ciudad cesaraugustana. De muchas de estas esforzadas, las hazañas admirables cantó en aureos versos el español Pruden-

cio. Todas están escritas con sangre purísima en libro celestial que no perecerá jamás.

Pues en la edad gótica, qué parte no cupo á la mujer en la felicísima mudanza que dió á la te católica días claros y serenos y trajo á maridaje dos razas contrarias, bien sabido es para que me esfuerce en probarlo. ¡Hermosa memoria la de la santa virgen Florentina, nobilísima hermana y ayudadora de Fulgencio y Leandro, y del gran Isidoro, sol del siglo VII. Con ellos compartió, para desagravio de la tan ponderada flaqueza femenil, el valor y los saberes. Sin duda que en el espejo claro de sus virtudes, como en el de tantas otras españolas de su tiempo, hubieron de ver los godos cuánto no iba de los vencedores á los vencidos, y de la secta arriana á la Santa Fe, limpia y entera! Alabanza también perdurable á aquella princesa Ingunda, donde se vió á vista de ojos que la mujer fiel hace al marido fiel: estrella que guió á Hermenegildo á puerto de salud. De justicia nos la podemos adjudicar, que si nació entre francos, salió de las entrañas de la española Brunequilde, blanca flor arrancada de su tallo para lejas tierras, donde bárbaras gentes, sobre hacerla agostar quisieron enlodarla. Bien le decia el corazón la mala ventura cuando en la despedida de Toledo hacíala derramar aquellas tristes lágrimas que recogió en sus versos Venancio Fortunato. Los que se atrevieron á la vida de

la infortunada princesa, también se atrevieron á su honra. Razón es que volvamos aquí por la verdad, que ya en nuestros días ha encontrado generosos mantenedores. ¡De una vez para siempre déjese en la sombra la fealdad de Fredegunda, y las asquerosidades y horrores de los Merovingios, y brille á toda luz la hermosura y honestidad de la virtuosa española!

Atierran la maldad y licencia lo que la virtud y el valor edificaron. Malos tiempos de grandes turbaciones, de escándalos y deshonestidades, que sucedieron á aquellos alegres días, con otras causas de índole política y social, dieron fin á la pujanza y poderío de los godos. Que en la ruina y acabamiento común también cayó la mujer de su honestidad antigua, nadie lo pondrá en disputa. No llegan á tan bajo abatimiento los pueblos sin que en el hogar se cebe el daño. Pero ya la historia ha arrojado de sí para decoro de la mujer española, la bastarda leyenda que por ventura forjaron godos traidores, y que aderezaron á su gusto los orientales, de suyo dados á imaginar cuentos y maravillas. En todos tiempos fué muy de la maldad vestirse de virtud y arrebozarse mucho en este disfraz porque no se vea desnuda. No hay traición sin achaque. Huyendo de la infamia el traidor infama al traicionado. Pero le llega su hora á la verdad y caen disfraces y máscaras. Cuando pudiera nunca pesar más en la balanza

el agravio propio que la fe, la patria y la honra; pero en el Guadalete no venció otra pesa que la ambición consumidora de hombres é imperios. No hubo Cava. ¡Honor á nuestras mujeres! Queden escuetos y solos en la picota de los parricidas, el conde Julián y cuántos con él fueron en la hazaña, á la execración de las edades!

Y en el resucitar de la patria que vino tras de esta muerte y afrenta, ¿quién duda sino que la mujer también se esforzó á ganar lo perdido y que volvió á la claridad de los tiempos pasados? De no mentir los cronistas árabes mucho le debió la libertad de Auraliola. En los pechos de las madres mamaron aquellas generaciones duras la fe en Dios, la virtud y el valor para sufrir revêses y quebrantos tan pesados y acabar increíbles proezas. ¡Mal haya la patraña torpe del nefando tributo, y quien así ensució nuestras hermosas tradiciones! Por mi nombre, fealdad tan negra, que haya corrido por los libros no lo podría comprender sino sabiendo la fuerza del vulgo, que es mayor que otra ninguna, y cómo halaga más dejarse ir, que escudriñar la verdad por entre los dichos errados de los otros. Pues del lado allá de la raya cristiana valientemente salieron por el honor de nuestra raza la bendita Flora y la virgen Argentea, heroínas seguidoras de las huellas de Paula y de Vitoria, que acompañaron á Eulogio y Álvaro en la con-

tienda generosa de la grey mozárabe. Aún las renegadas, por la sangre que tenían, se hicieron dueños de sus señores. No más que de este engerto de la savia española tomaron los mahometanos occidentales ser tal vez más castos en sus amores, y tener en más el espíritu, que suele esta gente, que de su condición tira á revolcarse en la carnalidad antes que á pararse en conciertos de voluntades. Hubo en España muchos Hametes Benangelis, quiero decir, muchos moros que sin saberlo sentían en español, y no pocos infieles que mal su grado pensaban en cristiano; y así pudo la crítica liviana achacarles por moros é infieles, lo que por tales ni lo tuvieron ni jamás lo pudieran tener. Quien sienta otro, pase el estrecho y trate moros de verdad, que á buen seguro que dé con ellos, que cerca los tiene, y allá verá en lo que se le queda el moro de romancero.

Y á lo que tratábamos, si la antigua ibera gentil fué tan adornada de virtudes, imagínese qué prendas no tendría la ibera cristiana ahora que se veía tan bien labrada de trabajos como diamante que pule lapidario hábil porque dé más vivas luces. Casta de mujer, en verdad, nacida para que en ella fuesen engendrados los hombres de los tiempos heroicos. Su ejemplar es Jimena, la noble castellana del siglo XI, según nos la pinta el *Poema del Cid*, en esto como en mucho, acorde con la historia. Tienen los afectos de

esta mujer la simplicidad y el candor homéricos con la dulzura cristiana. Su honestidad es espejo donde el honor se mira y se recrea. Todos sus amores se juntan en el amor conyugal encendido y reverente. Para su marido oveja mansísima: leona para los extraños. Tener otro pensar ni otro sentir que aquel dueño por cuyos ojos mira, ni soñado. Sus galas, los hijos; su regalo, andar en la hacienda. Muerto el Cid, ella sola por dos años mantiene á Valencia contra los Almoravides, y cuando, apurada la defensa, ya nada le queda que hacer por el honor del difunto marido, retráese á Cardeña junto al sepulcro que le guarda, á esperar la muerte en viudez honesta y recogida. No se busque en esta mujer ni en otra ninguna de entonces las melosidades empalagosas y poco limpias, que luego pusieron en moda los provenzales, ni que solicite la adoración pagana que en hora menguada se importó acá con las torpezas andantescas. La mujer castellana no es sino como la acabáis de ver y como se retrata en *El Conde Lucanor*, en la mujer de Ruy González de Zaballos y en la de don Pedro Núñez, y en la de Alvar Fañez, la prudentísima doña Vascañana: todas honra y prez de sus maridos; timbre de España.

Y en los siglos XII y XIII, cumbre de la Reconquista, ¿quién sabrá contar las mujeres ilustres, si salen en racimos? Buena obra hizo á los

aragoneses el Rey Monje, sólo con darles aquella princesa D.^a Petronila donde felizmente se juntaron, para no separarse ya, Aragón y Cataluña. Mujer de tino y seso como de hombre, que en la flor de los años supo renunciar el halago de unas segundas bodas, y la pompa de la realeza: madre afortunada de un buen rey; abuela de santos. Dos santas logró por mujeres Don Alfonso IX de León, sin alcanzar á merecerlas. las cuales los malos pensamientos del leonés en daño del reino, con virtud prudente atajaron, Que á las veces en aquella edad lo que hombres deshicieran, compusieronlo mujeres merecedoras por ello de eterna loa. Cosa que cautiva ver dos madres santamente tratando con el amor de los hijos la salud de la patria. Bien hicieron en fiar en ellas leoneses y castellanos; que de las vistas de Santa Teresa de Portugal y de la santa D.^a Berenguela de Castilla, salieron juntos en uno Castilla y León para servir de trono á la gloria de San Fernando. Príncipe este insigne, corona de la virtud y valor de su heroica madre; y mujer ella varonil, en quien no hicieron cebo la vanidad y flaqueza; tan afanadora del bien común como desasida y olvidadiza de la ganancia propia; alma y consejo de memorables hazañas. En el mar proceloso de tantas dificultades y bravas contiendas con arte de avisado político lleva la nave á puerto, derecha y segura. Acertó á casar con discreción fir-

me las voluntades que andaban más encontradas. Tuvo aliento de varón con sus enemigos hasta vencerlos, y en vencéndolos, con dulzura y ternera de mujer, al mayor de ellos, que murió desamparado y en hambres, dióle tierra de limosna, y un paño de oro con que cubrir el cuerpo muerto y honrarlo. En resolución, ella fué para Castilla iris que tras de tantas borrascas y tormentas fieras trajo la serena luz de un día claro y apacible. ¡Oh!, y ¡cómo se le ensancharía el corazón viendo cuán bien caían en las sienes de su hijo aquellas dos coronas tan generosamente procuradas! No hay duda sino que al considerar las fronteras que crecían y que iban comiendo la tierra á los infieles, y á Jaén y Córdoba ganadas, y para ganarse á Sevilla, y á Granada en vasallaje, que pudo exclamar como otro Simeón: «Ahora, señor, deja ir en paz á tu sierva, porque sus ojos han visto la salud de este tu pueblo.» ¡Buena cepa de reinas que dió á Castilla un San Fernando, y un San Luis á Francia! Con largueza le fué premiada á don Alfonso VIII la fe de las Navas.

Pregunta Salomón por la mujer fuerte como por cosa difícilísima de hallar; pero la raza española se mostró siempre tan liberal y larga en esta rareza, que por ventura no hay lance arduo en nuestra vida nacional donde una mujer no lleve la mejor parte. Según el dechado que trazó la misma Sabiduría eterna fué aquella doña.

María de Molina, entre tantas mujeres grandes y esforzadas, la más esforzada y grande. Sus hazañas quisiera yo poder tratar tan largamente como ellas piden. Alumbrió tres reinados, que sin esta luz pasaran en tinieblas espesas de bárbaras guerras y espantables desastres. Más le valieron al rey don Sancho para tener en recaudo el reino, la advertencia y consejo de su consorte, que nó los bríos. Ella fué abrigo y reparo de la flaqueza y orfandad de dos príncipes niños, donde las embestidas de los más recios golpes quedaron apagadas. De su lado estuvieron los llanos y humildes; corazones que se entendían. Pusieronsele enfrente los poderosos y soberbios. Hostilizáronla Granada y Portugal y Navarra y Aragón y Francia: los de casa y los extraños. Tierra leal la que pisaba. Casada con deudo no dispensado, también los Papas se le mostraron esquivos. Todo lo venció la prudencia admirable que tres siglos después había de celebrar el maestro Tirso de Molina. Cediendo al tiempo sin doblarse, sorteó tan duros vientos. Las olas encrespadas que amenazan las nubes, en la arena se deshacen y blandamente la besan. En fin, que tomó el gobernalle, y por entre sirtes y escollos sacó el reino á seguro. Murió cargada de años y bendiciones. El hijo que le debía la corona consintió que le pidieran cuentas de la tutela. Un vaso de plata con que beber le había quedado de sus joyas. Ni don

Fernando pudo bajar más, ni la reina subir más alto. Esta mujer y don Alonso Pérez de Guzmán son los únicos hombres de su tiempo.

Días muy aciagos y largos vinieron luego, que entristecen la historia, donde menguan las virtudes y crecen las maldades. Cuadro de fealdad que no es para pintado aquí. Ya lo bosquejó con pinceladas goyescas el Arcipreste de Hita. No escapó la mujer de esta desdicha, y así lo que antes abundaron los nombres gloriosos, escasean ahora. Daño nada de extrañar cuando hasta el sagrado del casamiento se tomaba en burlas. Por si faltaba algo, vino la peste de los libros de caballería á hacer del amor liviandad y á mudar el respeto y decoro de la dama cristiana y española en culto femenino, licencioso y extravagante. Pasemos como sobre ascuas por tales miserias; pero no sea sin recojer las frescas rosas que todavía en este yermo árido recuerdan la lozanía y fertilidad pasadas. Honor á la inmortal aragonesa Santa Isabel de Portugal, cuya caridad heroica perpetuó Murillo en lienzo maravilloso. Honor á aquella limpia azucena de doña Blanca de Navarra, á quien no pudo ajar ni la compañía de Enrique IV. Honor á la magnánima doña María de Castilla, por quien no sintió Aragón la ausencia dilatada del famoso conquistador de Nápoles. Como castellanos y aragoneses estuvieran para trabarse en guerra de hermanos, la valerosa reina, plantan-

do su tienda entre los dos campos, los trajo á paz y concierto. Más bien le habría sentado la corona á esta esforzada mujer que á su hermano don Juan II. A fe que no hubiera menester de un don Álvaro de Luna que la ayudase á llevarla.

Pues cuando de esta degradación y lástima se había de levantar nuestra gente á la mayor alteza que alcanzó pueblo, Dios suscitó una mujer que llevase á cima cosas, que, repartidas entre muchos héroes, sobrarían para afamarlos. Mujer en quien naturaleza parece que quiso hermanar las excelencias de la hembra y las del varón en concierto que asombra. ¿Necesitaré pronunciar nombre que está asomando ya á los labios y todos tenemos en el corazón? Quédase suspensa la pluma sin dar con el elogio de quien mereció que tantas bocas, é ingenios tan insignes, y varones tan señalados se empleasen en alabarla. Pero hablen por mí las cosas que acabó, y sean pregones de su gloria. Hable la tiranía señorial abatida y la realeza levantada; hable la justicia, tan oprimida de antes, ahora puesta en su punto, y de altos y bajos, poderosos y humildes recibiendo amoroso acatamiento; hablen ciudades y regiones, que apagados los encendidos odios, volvieron á paz y concordia; hable la Santa Fe alumbrando como sol nuestro cielo, sin nieblas que la obscureciesen. Habla tú, Granada, y regocíjate, que al cabo de

siglos de cautividad, rotas las cadenas, volviste libre al hogar cristiano de la familia española. Bendice á quien te libertó, y guarda sus restos como tesoro con amor reverente. Pero, ¿qué más? Hable esta fiesta, y la alegría que á todos nos llena; hable ese mundo, habitación é imperio del hombre, que hoy salta de gozo porque los dos pedazos de él, que por largos edades vivieron apartados, renuevan hoy y estrechan al abrazo de há cuatrocientos años, cuando el gran Colón besó de rodillas la tierra ignota, y clavó en ella la bandera de Castilla y la Cruz redentora. Obra fué este prodigio, del cual con razón dice López de Gomara, que «es la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió,» obra fué, digo, de aquella mujer que no desfalleció donde tantos desfallecían. Obra de la fe, que se alberga en el corazón, por quien se acometen las empresas árdas y grandes: que el corazón es más valiente que la cabeza. Saludemos como á madre á la mujer gloriosa, cuyo amor vive en el alma encendido, y vivirá en las generaciones; y saludémosla así todos los españoles, los de aquende el mar y los de allende, porque á unos y á otros, estando para morir, nos dejó el corazón como lo más que podía dejarnos. Madre dulcísima de cuantos invocamos á Dios en la hermosa habla de Cervantes.

Pero con ser esta milagrosa mujer político,

legislador, soldado, conquistadora de reinos y descubridora de mundos, y no haber bien donde no enderezase el pensamiento, no fuera luz de refoimación, amparo y fianza de buenos y azote de malos, si no hubiese sido espejo limpio de costumbres donde la misma honestidad se miraba. Dicen las obras callando lo que las palabras con muchas voces no aciertan á decir. Del olor fragante de tantas virtudes se llenaron las entrañas de la podrida sociedad enriqueña, y se impregnaron de él, con qué fueron sanas y renovadas. ¿Gustaba andar á toda hora derramados en saraos y fiestas? Retraída la reina en su cámara, allí se regalaba con sus hijos, festejo de su alma. ¿Aplacían brocados y joyeles, y echar en un brial la renta de un condado? Las joyas de la reina, más eran recurso de su providencia bienhechora que realce de la realeza; y con un jubón se holgaba el Rey Católico, que ya remendó de mangas la reina dos veces: que no hay camisa que mejor siente á un marido que la que zurció la mujer propia. ¿Señoréase la licencia impudente y la castidad conyugal es ultrajada? Pues en el rey, su señor, tiene la reina de continuo los ojos y el pensamiento. ¿Andan desmandadas las clausuras y en vanidades? Visitarlas há la santa princesa, y allí se pondrá á hilar, y quedarán reformadas. ¿Atedian las haciendas, y atrae la ociosidad liviana del estrado? La reina de Castilla, con sobra de cuidados

que atender, todavía tendrá vagar que divertir labrando para los altares de Dios y aprendiendo lenguajes; y llegará á amansar aquel latín, del cual escribía Hernán Pérez del Pulgar «que es tan zahareño y soberbio que no se deja tomar de los que tienen muchos negocios.» Pues con tales ejemplos, ¿quién no había de hacer por auparse? Porque como siente Juan de Lucena, «lo que los reyes fazen todos ensayamos de lo fazer..... ¿Estudia la reina? Somos agora estudiantes.» El ejemplo de lo alto tiene tanto poder y fuerza, que no hay como escapar de él. La lluvia que cae de las nubes, se empapa en la tierra y la fecunda, y hace sabrosos y abundantes los frutos. En aquella bendita mujer aprendieron las de su tiempo el oficio de esposas y madres; y así de ellas salió aquella generación gigantesca, robusta de cuerpo y alma, que abrumó el siglo XVI con la pesadumbre de su grandeza. Llantó de hijos universal y desconsolado fueron sus funerales. Bien pinta Pedro Mártir aquella procesión triste de Medina á Granada, conduciendo el cuerpo inerte por cerros y collados; los caminos hechos ríos, abiertas las cataratas del cielo, y arrojando torrentes de lluvia como si naturaleza quisiera acompañar el duelo de España. Á quien tanto fué, razón es que no se le adeuden estatuas. Ninguna será grande para quien tiene un trono en los corazones.

Admírese ahora en junto lo que ya pedía más

espacio; la floresta amenísima de tantas españolas que brillaron en santidad y discreción y valor, en letras y artes. Alabanza á aquella Doña Beatriz de Bobadilla y á aquella D.^a Juana de la Torre, ayudadoras de Colón, que le alentaron en su empresa. Alabanza á Mariana de Jesús y á las esforzadas de D.^a Sancha Carrillo y Doña Leonor Contreras, y á las generosas austriacas la emperatriz D.^a María y Sor Margarita de la Cruz, flores fragantes de la clausura. Alabanza á la famosa latina D.^a Beatriz Galindo, maestra de la Reina D.^a Isabel, que mereció llevarlo en el nombre, y á D.^a Francisca de Lebrija, regente de la cátedra de Retórica de su celebrado padre; y á D.^a Lucía de Medrano, que enseñó latín en Salamanca, y que al igual de D.^a Ana Cervatón y D.^a Juana Contreras se carteaba con Marineo Sículo en epístolas eruditísimas. Alabanza á la filósofa Oliva Sabuco y á aquel asombro de D.^a Cecilia Morillas, á quien el gran Felipe II encomendó la enseñanza de sus hijas doña Isabel y doña María: teóloga, gramática, políglota, astrónoma, pintora y música; consejo de géometras y arquitectos; milagro de saber de todos visitado; y lo que vale más, madre feliz de diez hijos, á quienes educó en ciencia y virtud: mujer que de los libros acudía á la aguja y á la casa. Y no son para calladas, aquella sin ventura de doña Catalina de Aragón, en frase de don Nicolás Antonio, clara en desdichas y

en letras; ni la otra doña Catalina de Portugal, humanista, matemática y astrónoma: maestra de sus hijos; ni la celebrada doña Isabel de Roles, que con aplauso y admiración universal exponía en Roma la doctrina de Escoto; ni aquella lumbré de la orden de Santo Domingo, la catalana Sor Juliana Morell, que á los doce años, en León de Francia, mientras su padre negociaba, ella sostenía tesis de lógica y moral en italiano, en griego y en hebreo; ni la que en el barro nos dejó primores de su ingenio: Roldán en el apellido y en la valentía de sus cinceles; ni la granadina Ana Heylan, habilísima grabadora; ni la otra grabadora madrileña María Eugenia Beer, que ornó con gallardísima portada la edición española de las «Guerras de Flandes» de Bentivollo; ni doña Isabel Sánchez Coello, hija del famoso pintor Alonso Sánchez, de naturaleza y arte. No callara otras innumerables, de las cuales muchas en los cuarteles de la nobleza heredada pusieron los timbres del merecimiento propio, si la estrechura del tiempo, apremiándome, no me excusaran con la justicia. Pero no sería español si no pusiera en la más alta cima de todas á la mujer extraordinaria que del modo que la gran Isabel es singularísima en el orden de la naturaleza, así ella lo es en el de la gracia; á nuestra mística doctora castellana Santa Teresa de Jesús. Alma dulcísima y briosa que, con las alas del más abrasado amor

de Dios, llegó á alturas que razón de hombre no superó jamás. Bien se verifica en ella que para ver á Dios y comprenderle, cuanto á humana criatura le es dado ver y comprender, más que la razón guiando, hace el amor iluminando y elevando. No se busque en los libros de la maravillosa doctora dejes de escuelas y recuerdos de filosofías. Con sentir de mujer y lisura de castellana, las inefables excelencias divinas pónelas como de bulto, y en este arte sin arte, por extraño y admirable modo, las sublimidades se visten de llanezas sin que aparezcan rebajadas. Aun abismándose en los más inexcrutables misterios, nunca la abandona aquella su discreción genial, siempre despierta; y así no pierde pie y va serena y con paso seguro. Santa de castiza complexión española, no se nos muestra en ella la santidad zahareña y cejjunta, sino alegre y regocijada; y cuando viene á punto no falta en su boca el chiste garboso de femenil donosura. ¿Qué habrá en ello que espante? Alma tan rica y llena de Dios, suma de todo bien, no era mucho que se holgase y viviera siempre empapada en santa alegría. Mujer de tan soberano entendimiento, y voluntad tan generosa y firme, á sentarse en trono, hubiera sido una Isabel la Católica; en la clausura, bravas batallas ganó enseñando el amor de Dios, y forma en la vanguardia de la España batalladora del siglo XVI.

Ea, pues, que ahora las que van á recibir el premio merecido, y las que con noble emulación intenten en adelante esforzarse á merecerlo, que todas aprendan de estos hermosos dechados la senda ardua, pero honrosísima por donde se aquista la gloria. Lo que la mujer pueda alcanzar, contienda es empeñada de muchos tiempos. Cuando no hubiera ya sentencia favorable, bastaría la historia de la mujer española por alegato de bien probado. Grande fué siempre en la virtud; grande en el heroísmo; grande en las ciencias y artes. Pero adviértase que tanto como en esta España luego nace la mujer varonil y esforzada, como en tierra agradecida, y llega á granazón copiosa, tanto fué siempre planta exótica la mujer no varonil sino hombruna, de sexo incierto: error de naturaleza é impertinencia social que no arraigará jamás. Védaselo la discreción genial de nuestra raza y este fino sentido de lo real que la guarece contra vanas fantasías y peligrosas imaginaciones. La mujer ante todo séalo de verdad, y tenga corazón de tal mujer, y sepa de hija, y de moza, y de esposa, y de madre, cada cual según donde Dios quiso ponerla; y en siendo esto y en sabiéndolo, bien que luego se junten en tan hermoso sujeto cuantas calidades y excelencias le den adorno y realce; que juntas en él serán riqueza y honra, y sin la hermosura de él nada serán. Seguro que ni Isabel la Católica, ni Santa Teresa de Je-

sús, con llegar donde el varón de más alientos, no hubieran sido tan cabales ni tan dignas de alabanza, si la castiza condición de la mujer no se viese en ellas á toda hora.

Ni ¿qué más gala para la mujer que serlo?, porque á ella parece que afluyen todas las fuerzas del mundo. Por ella se acometen las más grandes empresas; se desafían riesgos, se arrostran peligros, se navegan los mares, sueña el poeta y crea, vigila el sabio, el discreto lo es más y hasta el necio se hace discreto. Después que todas las cosas fueron creadas y luego que Dios hubo puesto al hombre sobre la tierra, y le dió posesión de ella como á dueño y señor, parece como que la misma Sabiduría por primera vez quiso volver sobre su obra y reformarla, cuando se dijo en cuentas consigo: no es bueno que el hombre esté solo; y entonces creó la mujer como última perfección y mano de su obra que le daba el último toque de hermosura. Este mismo Dios, con ser la plenitud del bien, y felicidad infinita, que se está eternamente gozando, todavía, como si le faltara algo que la completase, quiso Él bajarse á tener madre por gustar la dulzura de este incomparable y dulcísimo amor; y en tanto tuvo á la mujer, que si para la creación fué solo, pero la otra más soberana empresa de la redención, de ninguna manera, consintió en acabarla sin el concurso de una perfectísima mujer, la más perfecta de las criaturas; porque

en la más espantable hazaña de amor que fué posible á la Omnipotencia, no había de faltar quien fué creada para representar en el mundo el amor: ley universal con que todas las criaturas animadas é inanimadas, tierra, aire, fuego, árboles y plantas, los pájaros voladores, los peces que surcan las ondas, los brutos habitantes de las selvas; todos se buscan y conciertan, y van á una por el camino que les trazó el Sumo Hacedor.